

Conservar tan buen sentido después de haberse hecho árbitro de un continente, vale casi tanto como haber triunfado en Boyacá, en Carabobo y en Junín.

MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO

(De la *Antología de poetas hispano-americanos*)

EL ABRAZO

(PARA EL CENTENARIO DE BOLÍVAR)

El sol declinando va,
Está la tarde serena,
Hierve como una colmena
Santafé de Bogotá;

Echa á un lado su apatía,
Y las campanas á vuelo;
Y levántase hasta el cielo
Insólita gritería.

Por la vía que serpea
De la cordillera al pie,
Lejos, muy lejos se ve
Nube de polvo que ondea.

Alzanla tres militares
Que á largo galope van,
Y á sus corceles están
Desgarrando los ijares.

El de más suposición
Es de mediana estatura,
Tiene gallarda figura,
Y se llama don Simón.

Monta fogoso alazán
De tanto correr rendido,
Y sobre el roto vestido
Lleva un gastado dormán.

Gorra con ancha visera
Cubre su frente tostada
Por el sol, y su mirada
En torno fúlgida impera.

Cual arroyo rumoroso,
Que va rápido corriendo,
Sus aguas á otros uniendo,
Forma un río caudaloso.

Así van diez, veinte, ciento,
Uniéndose á don Simón,
Y forman un escuadrón,
Y después un regimiento.

Y la turbia polvareda
Que más y más crece y sube,
Forma gigantesca nube,
Que sobre los Andes rueda.

Es Bolívar el que viene,
Ha vencido en Boyacá
Y loca la gente está,
Y nadie su ardor contiene.

¡Ha llegado! El pueblo entero
Agólpase en rededor
Del ilustre triunfador,
Del portentoso guerrero.

Casi en peso va el corcel,
Caminando á paso lento,
Y crece á cada momento
La gritería, el tropel.

Aplausos y bendiciones
Al que es su padre á ofrecer
Quieren, y quieren poner
A sus pies los corazones.

No pudiéndose acercar
Una pobre anciana el grito
Levanta y dice: ¡“Bendito!
¡Ah! dejádmelo abrazar.”

Bolívar la alcanza á ver
Con su rápida mirada,
Y dice en voz reposada:
“Abrid paso á esa mujer.”

Mas la multitud ardiente
En vez de abrirse se apiña,
Y por más que se la riña
Ni un paso en cejar consiente.

Bolívar silencio exige,
Se apea rápidamente,
Se abre paso entre la gente
Y á la mujer se dirige.

Yela á la anciana el temor
Y quiere moverse en vano,
Mas halla apoyo en la mano
Del noble Libertador,

A sus labios respetuosa
La lleva, en llanto la inunda
Y una alegría profunda
En su semblante rebosa.

Bolívar estrechamente
Abraza á la anciana luégo,
Y una lágrima de fuego
Deja caer en su frente.

Y al volverse conmovido
En busca de su alazán,
De su gastado dormán
Rueda un botón desprendido,

Cae la anciana de hinojos,
Guarda el botón en su seno
Y, con semblante sereno,
Exclama alzando los ojos:

“Jesús mío y mi Señor,
Me entrego en tus manos, haz
Que muera tu sierva en paz:
He visto al Libertador.”

RICARDO CARRASQUILLA

Bogotá, 1883.

PARALELO ENTRE WASHINGTON Y BOLIVAR

De los americanos sólo *Washington* se presenta en la palestra de la fama como competidor digno de *Bolívar*; y si nosotros fuéramos capaces de abogar la causa de éste, y de apreciar los méritos de aquél, no temeríamos un paralelo entre los héroes del Norte y Suramérica.

Washington, salido de la clase media de la sociedad, y de mediana fortuna, testó al término de su gloriosa carrera un caudal honradamente adquirido. *Bolívar*, por nacimiento el más noble y el más rico de su tierra natal, murió en relativa pobreza después de haber prodigado en la causa de su patria las abundantes riquezas que heredó de sus abuelos. El uno aceptó con gratitud lo que la mezquina bondad de sus conciudadanos le presentó; el otro rechazó noblemente los liberales dones de Colombia, el millón del Perú y los soberbios regalos de Bolivia. *Washington*, dotado con talentos no más que mediocres, fue favorecido con un juicio frío como el invierno de su residencia boreal. Este arregló todas sus acciones. *Bolívar*, poseyendo poderes intelectuales de primer orden, fue arrastrado por una imaginación ardiente como su clima natal. De aquí sus hazañas,—de aquí sus errores. El héroe norteamericano, rodea-